



Mahoma

Mahoma nació en La Meca, el verano del año 570. Su padre murió en un viaje; tres meses antes de nacer el niño, y su madre lo dio a criar a una nodriza beduina de la tribu de los Beni Asad. Esta mujer lo destetó a los dos años y sólo entonces lo llevó a la madre para que viera cuán robusto crecía. La tradición cuenta que la madre, algo histérica, dijo a la nodriza: "Toma el niño otra vez y vuelve al desierto, no sea cosa que vaya a enfermar con el aire malsano de La Meca". Así permaneció Mahoma otros tres años en la tienda de los beduinos que le criaron, y con ellos aprendió la lengua algo arcaica de los árabes primitivos, que da tanto valor a sus palabras. "Yo soy un árabe de pies a cabeza -acostumbraba decir más tarde-; desciendo de los coraixies de La Meca y hablo la lengua de los Beni Asad." Durante los cinco años de su

vida en el desierto, Mahoma debió de comenzar a impresionarse con los grandes espectáculos de la naturaleza, ante los cuales quedó siempre conmovido; los vendavales que levantan las arenas y tronchan las palmeras, el resplandor que ciega del sol de mediodía, el rayar del alba y el brillo de los astros por la noche; el golpear de los cascos de los caballos, el largo beber de los camellos, y tantas otras cosas de la vida nómada que aparecen en el Corán.

Al llegar a los cinco años, la nodriza devolvió el muchacho a la madre, en La Meca; pero ésta murió ocho meses después y el niño hubo de pasar a casa de su abuelo paterno. También éste murió tres años más tarde, y Mahoma fue entonces definitivamente adoptado por su tío Abu Talib. El futuro profeta del Islam conoció, pues, las angus-

Una guía ilustrada para peregrinos, del siglo XVIII, contiene este plano figurado del santuario de La Meca con la Kaaba en el centro. La simetría es simbólica, pues para los árabes de todos los tiempos la Kaaba es el centro del universo (Biblioteca Bodleyana, Oxford).



Estela preislámica procedente del sur de Arabia que representa a un camellero reunido con su familia y viajando por el desierto (Museo del Louvre, París).

tias de la orfandad; falto de mimos maternos, debió de percibir su condición de advenedizo entre los demás miembros de la familia de su tío. Por esto en el Corán se hace tanto hincapié en la generosidad que debe tenerse con los huérfanos; es una falta gravísima el robar su hacienda, y moralmente es un pecado, castigado por Dios con el fuego del infierno.

La familia de Mahoma no era rica; su padre, al morir, no dejó más fortuna que cinco camellos y un esclavo. El tío de Mahoma, Abu Talib, tenía ya un rebaño de cabras

y ovejas, y enviaba a su sobrino a guardar este exiguo ganado en las áridas alturas de los alrededores de La Meca. Mahoma insiste en que no ha habido ningún profeta que no haya sido pastor, lo que confirma que él había ejercido este oficio.

Las gentes de La Meca, rodeadas de tierras pedregosas, escasísimas en manantiales, vivían del comercio y de la superstición, vinculada a un antiguo edificio con ídolos llamado *la Kaaba*. Ésta atraía peregrinos y era ya, en tiempos de Mahoma, la fuente más saneada de ingresos de los habitantes del lugar. Pero éstos, además, buscaban otros beneficios traficando con almizcle, incienso y especias, que compraban a los árabes del Sur, o a los abisinios, del otro lado del mar Rojo, y vendían a los sirios y griegos de Bassora y Damasco. A veces, las caravanas eran empresas colectivas en las que participaban casi todos los habitantes de La Meca; pero particulares algo aventureros se lanzaban también a este comercio por su cuenta. El tío de Mahoma, Abu Talib, estuvo dos veces en Siria para traficar, llevándose a su sobrino, y la primera vez cuando éste contaba solamente doce años. Después, viendo Abu Talib que sus ganancias no le permitían mantener una boca más en la casa, aconsejó a Mahoma que se alistase en las caravanas que enviaba una viuda llamada Jadicha. He aquí, pues, a Mahoma, desde los doce años hasta los veinticinco, en que casó con Jadicha, marchando otra vez por las rutas del desierto, y durante las horas de vela, por la noche, observando la bóveda estrellada o siguiendo el curso de los planetas "que viajan en dirección contraria".

Todo esto reaparece en el Corán. Se dan, además, allí prescripciones para los viajeros; parece que Mahoma considera el viajar como la condición casi normal para sus prosélitos. "Haréis esto —dice— en tal o cual caso, pero si vais de viaje haréis tal otra cosa", generalmente compatible con las condiciones en que se halla el que camina por el desierto. Por ejemplo, las abluciones, cuando hay tierra limpia o arena, como ocurre en el desierto, pueden hacerse, a falta o escasez de agua, con esta arena.

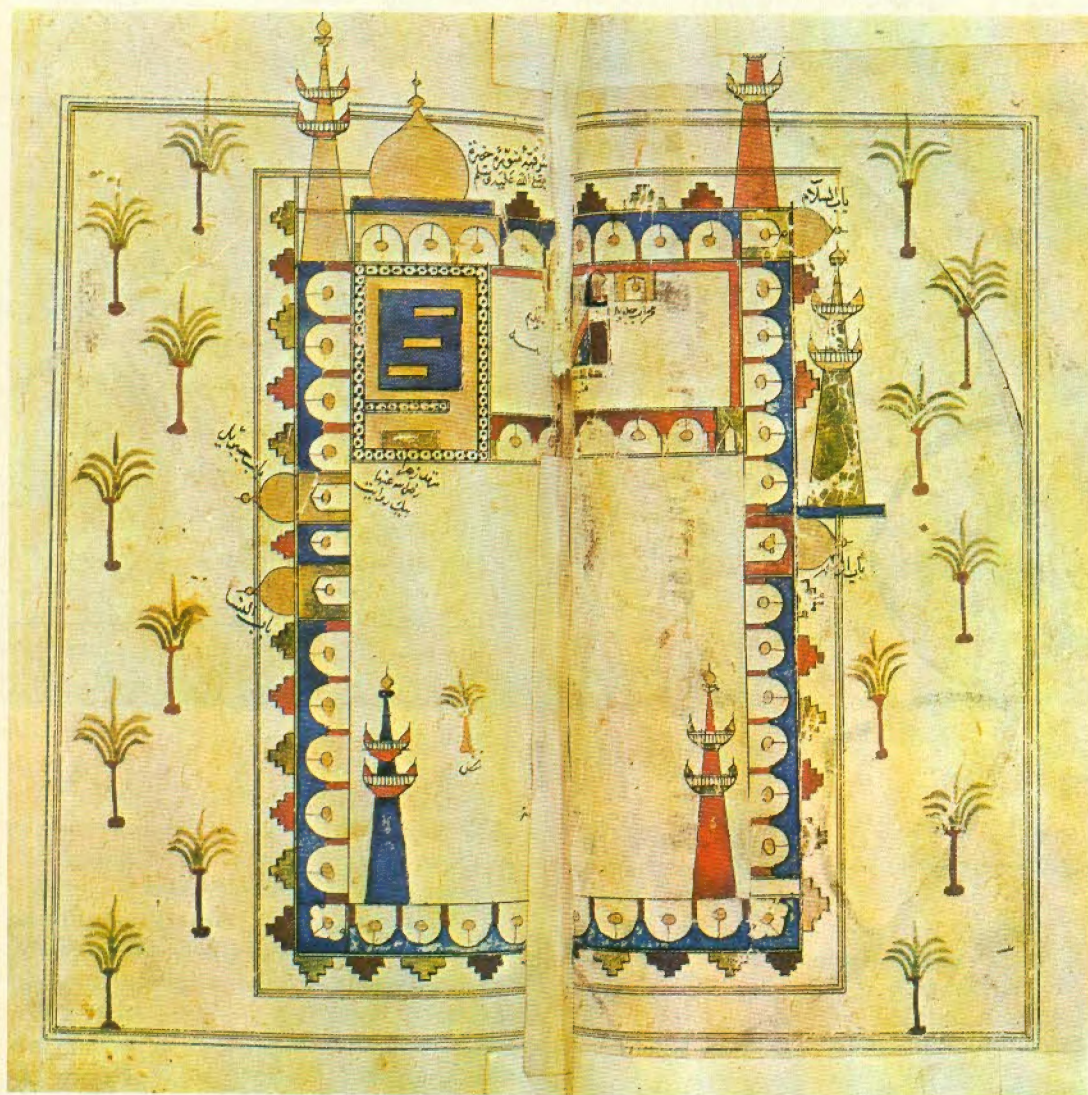
Camellero, o mozo de mulas en el desierto, se manifiesta también Mahoma con las interjecciones y juramentos que usaba para maldecir. El único juramento prohibido a los mahometanos es el de jurar en falso por el nombre de Dios; pero los capítulos del Corán muy a menudo empiezan así: Juro por la caída de la tarde... Juro por el Sol y el resplandor del cenit; juro por la Luna, que le va siguiendo; juro por el Día, que revela toda su gloria; por la Noche, que lo amortaja...

Por lo que toca a fortuna, cuando Jadicha le preguntó, para enamorarle, por qué no se casaba, Mahoma contestó: "No puedo casarme, no poseo nada para mantener una familia".

Jadicha tenía entonces cuarenta años, había enviudado dos veces, y esto le daba discreción bastante para comprender que aquel mozo de caravana haría un marido excelente. No tenemos ningún retrato de Mahoma; siempre se le representa con la cara velada. Las descripciones nos dicen que era de estatura mediana, ancho de espaldas, cuello largo y frente despejada; de cabello negrísimo, algo rizado, que le caía en bucles detrás de las orejas. Sus ojos, también negriscos, a veces estaban algo congestionados. Tenía los dientes espaciados, y en ocasiones reía tan fuerte que se retenía las ijadas y enseñaba hasta las muelas. Pero era característico de Mahoma el volverse con toda su persona, al hablar o al escuchar, como hombre sin doblez.

Y Jadicha (la leyenda dice que era una viuda rica) ciertamente procuró a Mahoma el reposo que necesitaba para poder prestar atención a las revelaciones que empezaban a inquietarle; pero no se desprende de los acontecimientos que Mahoma pudiera disponer de una gran fortuna, ni aun después de casado. Jadicha dio, en cambio, a Mahoma dos hijos y cuatro hijas, aunque sólo una hija, la célebre Fátima, sobrevivió a su padre.

La tradición supone que hasta los cuarenta años no tuvo Mahoma la primera "revelación". Esto es difícil de aceptar, porque Mahoma no era de temperamento normal y ya desde niño tuvo ataques que alarmaron a su nodriza. Sin embargo, los musulmanes insisten en que hasta el año 609 (esto es, al frisar en los cuarenta) Mahoma no tuvo la aparición inicial que le obligó a hablar como profeta. Se hallaba completamente solo, meditando al pie de una de las colinas que rodean La Meca, cuando distinguió de pronto, a una distancia de dos pasos (a dos medidas



Plano de los santuarios de La Meca en un manuscrito árabe (Museo de Munich). Antes de Mahoma, la ciudad religiosa de La Meca, donde se hallaba la Kaaba y en ella la piedra negra, símbolo de la misericordia de Alá, era un punto común entre las belicosas tribus de Arabia. Cuatro meses al año cesaban las hostilidades para que los fieles pudieran visitar el santuario.

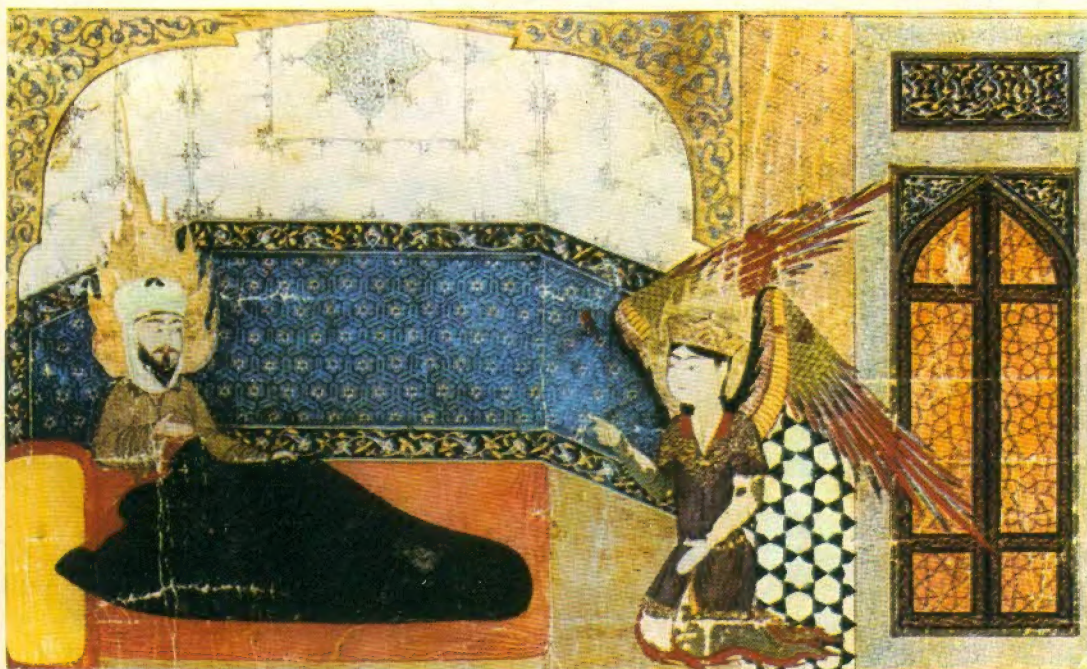


Paisaje de la Arabia Saudita con la presencia de unos dromedarios que, desde la época preislámica, realizan el tradicional tráfico caravanero de la región.

de arco flechero), al ángel Gabriel, que le dictó estas palabras:

1) Recita: "En el nombre de Dios, criador, -2) que crio al hombre de sangre coagulada. -3) Recita: Porque tu Señor es bondadoso; -4) él es quien ha enseñado la escritura; -5) él es quien ha enseñado lo que no sabíamos. -6) En verdad el hombre es insolente -7) así que consigue riquezas, -8) cuando al Señor lo debemos todo. -9)

¿Qué piensas de los que retienen -10) de rezar al Siervo de Dios? -11) ¿Han escuchado bien? -12) ¿No has visto cómo rehúsan prestar atención a la verdad? -13) ¡Cómo puede ser! ¡No saben ellos que Dios lo ve todo! -14) En verdad, si no se enmiendan los arrastraremos por el mechón de la frente. -15) ¡A los mentirosos y pecadores, por el mechón de la frente! -16) ¡Dejad que llamen a sus compañeros! Nosotros llamare-



Esta miniatura del siglo XV representa la escena de la leyenda del profeta en que el arcángel Gabriel se aparece a Mahoma, que se hallaba meditando no lejos de La Meca, y le da la revelación de Dios (Biblioteca Nacional, París).

mos a las guardias del infierno. — 17) ¡No, no os sometáis! — 18) Adorad y acercaos al Señor”. Esta extraña muestra literaria, dictada por el ángel, está actualmente incluida en el Corán; forma el capítulo corto número 96. Pero en las versiones que pretenden restaurar el orden cronológico de la revelación, el capítulo 96 pasa a ser el primero.

Vamos a analizar su contenido. Por lo pronto, el ángel obliga a “recitar”; por esto la palabra *Kor'an* o *Qur'an* quiere decir salmodia, recitación. El Corán no se canta ni se lee; se recita. Su estilo es de una incoherencia que sorprende a los occidentales; por esto los doctores musulmanes dicen que el Corán sólo puede ser comprendido por los creyentes. Es posible; pero los infieles vemos, en este primer *sura*, sólo un espíritu religioso en forma más o menos profética, aunque muy basto... Los ricos son los que impiden al creyente acercarse al verdadero Dios con la oración. Son ellos, los descreídos, quienes impiden al siervo que adore al Señor; son ellos los que serán castigados y arrastrados al infierno por el mechón de pelo de su frente... Esto es todo lo que sacamos en claro los que no podemos gozar de la belleza del texto, que unánimemente ha sido reconocido como de un lenguaje exquisito por todos los arabistas.

Pero volviendo al proceso de la formación del Corán, resulta todavía dudoso si este *sura* o *azora* (que suele traducirse por capítulo) es o no es la primera manifestación de una fuerza profética que actuara en Mahoma. Pero hay en el Corán *suras* más cortos aún, que manifiestan una fe más simple y

parecen preliminares poéticos de la revelación religiosa. He aquí, por ejemplo, un *sura* que tiene sólo cinco versos:

Sura 103: “Mi refugio es el Señor del Alba, — contra los males que nos rodean, — contra los males de las tinieblas, — contra las brujerías, — contra la maledicencia del envidioso”.





Miniatura persa que ilustra el pasaje de la vida de Mahoma en que, transportado a Jerusalén a lomo de Borak, ser fabuloso con cara de mujer, cuerpo de mula y cola de pavo real, ascendió por una escalera desde las ruinas del templo judío hasta el trono de Dios (Biblioteca Nacional, París).

Consta, además, que para evitar la pesadilla de las visiones o para estar más atento a lo que creía oír, Mahoma, al principio, se envolvía con su manto cuando notaba que se le acercaba el espasmo de la revelación. Algunos de los primeros *suras* (aunque ahora están puestos al final del Corán) empiezan así:

Sura 74: “¡Oh tú, envuelto en el manto: levántate y amonesta! – ¡Glorifica al Señor! –

¡Purifica tus vestidos! – ¡Huye de la abominación!...”, etc.

Sura 73: “¡Oh tú, cubierto con el manto! – ¡Levántate y vela toda la noche, o parte de ella, para rezar! – Y en tono mesurado salmodia el Corán, – que te revelaremos con palabras profundas...”, etc.

La costumbre de envolverse en un manto para profetizar no era exclusiva de Mahoma. Ibn Jaldún cita el caso de un contemporáneo de Mahoma, un mozo epiléptico, judío de Medina, que “profetizaba” canturreando envuelto en sus andrajos. Sorprendido Mahoma de la similitud de su caso con el del muchacho judío, le puso a prueba, haciéndole adivinar el pensamiento, lo que el otro hizo a su satisfacción. Mahoma entonces sospechó si aquel muchacho no sería el Anticristo, y esto confirma que creía en la autenticidad de su revelación.

Las primeras revelaciones de Mahoma no debían de parecer extraordinarias a las gentes de La Meca. Hablar autoritariamente, en una crisis de inspiración, no era cosa rara en los árabes. Muchos episodios del tiempo de la predicación del Corán nos presentan ejemplos de estro poético aplicados a regular las decisiones de una tribu o un ejército en peligro. Los que profetizaban no eran necesariamente profesionales en la materia; pero, en ciertos casos, este don los absorbía por completo y eran llamados *kahins*. A su canturreo melódico se le llamaba *sach*, que es la misma palabra que se usa para expresar el arrullo de las palomas.

Por ejemplo, el día antes de la batalla decisiva para el Islam, que se dio en el prado de Bedr, un guerrero inspirado, que adivinaba por medio de flechas, salmodió una profecía que resultó cierta. En la batalla de Ohod las mujeres se adelantaron con pandeetas, improvisando cánticos como éste: “Somos hijas de los bravos; – os esperamos en alfombras; – avanzad y os abrazaremos, – retroceded y os despreciaremos”.

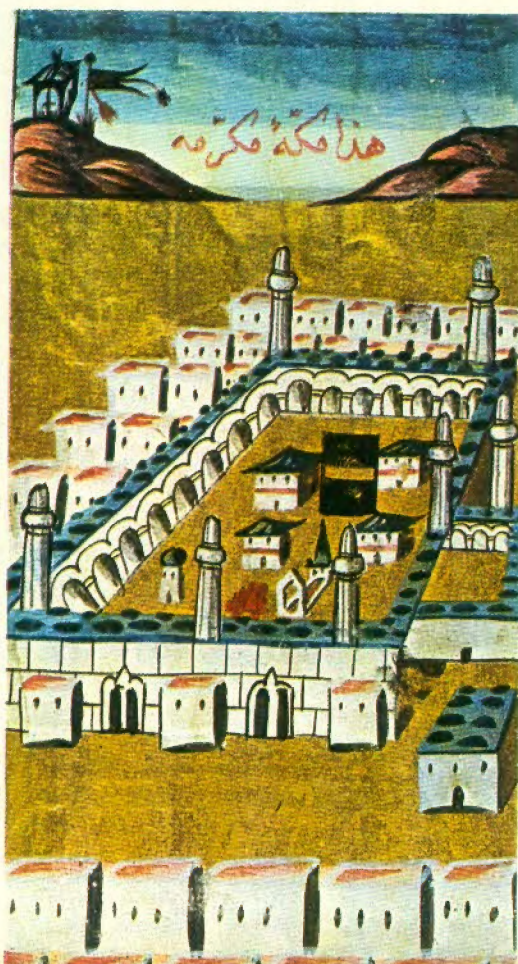
Poesía y profecía eran, pues, cosa corriente en tiempos de Mahoma, y es fácil que, al principio, sus compatriotas le dejaran salmodiar en público sin que ello produjera escándalo. Fue él, el mismo profeta, quien se alarmó. ¿Y si las visiones que tenía y los discursos que oía no fueran más que engaños diabólicos? O en otros términos, cabía que fuesen obra de los *chinn*, o genios, en los que Mahoma, como todo árabe, creía sin vacilar. El ser poseído por un *chinn* le hubiese hecho un brujo, no un profeta, y a Mahoma le horrorizaba la idea de ser instrumento del ser maligno. La poesía propiamente dicha se creía inspirada por los *chinn*, que se aparecían en ocasiones a las gentes; y aun las *chinn* hembras casaban con



sus favorecidos y procreaban de ellos. Hassán ben Tabit, que fue el poeta áulico de Mahoma en sus últimos años, había empezado a versificar un día que, inesperadamente, fue cogido por una *chinn* en una calle de Medina. Esta hembra-genio lo derribó de un golpe y le dictó tres versos; desde entonces, Hassán hubo de considerarse hermano de los *chinn*.

La leyenda explica varias pruebas que hizo Mahoma para convencerse de que sus primeras revelaciones eran realmente de origen celestial. Es de creer también que se sintiera animado por la confianza que desde un principio le manifestó Jadicha, para quien no había duda que el emisario que veía Mahoma era un ángel y no un *chinn*. Los ángeles habían sido creados por Dios de la luz; los *chinn*, del fuego; y había gran diferencia entre unos y otros. Los *chinn*, lo mismo que los hombres, corrían la alternativa de ir al cielo o al infierno, según sus merecimientos aquí en la tierra.

No siempre la revelación era dictada por el ángel, y el mismo Mahoma decía: "Me llega a veces como el ruido de una campana, y lo más penoso para mí es que se pierda y he



Cuando, tras haber cruzado los siete cielos del paraíso islámico, llegó Mahoma al cielo sobre Borak y precedido del arcángel Gabriel, salió a recibirle un coro de ángeles (miniatura del siglo XV).

Representación de la mezquita de La Meca, con la Kaaba en el centro, en un manuscrito árabe (Biblioteca del Monasterio de Montserrat, Barcelona).

BIOGRAFÍAS DE MAHOMA

La figura de Mahoma ha sido comprendida de modos muy diversos con el correr de los tiempos. Hasta el siglo XIX, Mahoma era un ángel para los musulmanes y un demonio para los cristianos y judíos, ya que hasta este momento el Islam constituyó un verdadero peligro para las otras religiones, pues, espada en mano, primero los árabes y luego los turcos, habían estado a punto de imponer su hegemonía en todo el mundo.

Por tanto, las biografías escritas por los musulmanes eran o una exposición escueta de los datos que conocían sobre él o bien una pura hagiografía, cuya verdad era patente desde el momento en que sus doctrinas no cesaban de extenderse entre todos los pueblos, bien por la persuasión, bien por la fuerza de las armas. Los ligeros retrocesos que el Islam había experimentado en algunas de sus fronteras —v. g., España— no eran lo suficientemente importantes como para proceder a un replanteo del problema, previo estudio de los argumentos empleados por los apologetas enemigos.

Por su lado, cristianos y judíos se empeñaban en ver en las victorias de la media luna el triunfo de la mala fe, de la traición y la mentira, puestas al servicio de la ambición y de la concupiscencia, primero por el propio Mahoma y luego por sus seguidores. Y si ambas religiones se preocuparon ya en la Edad Media por los textos sagrados de sus adversarios fue con miras bien distintas: los musulmanes veían en el Antiguo y Nuevo Testamento un estadio de la revelación anterior al suyo propio y que, por consiguiente, quedaba modificado por el *Corán*.

El respeto de los musulmanes por las escrituras de las religiones monoteístas, antes y ahora, ha sido extraordinario. Pero judíos y cristianos no estaban dispuestos a admitir que su propia revelación pudiera ser corregida por la del Islam y, en consecuencia, el *Corán* era para ellos o pura invención de su autor u obra de algún informador de éste, hereje judío o cristiano, que le hacía hablar en el sentido que para sus ocultos intereses convenía.

Por consiguiente, las traducciones del *Corán* realizadas a partir de 1143, al latín primero y luego a las lenguas occidentales, no tenían más objeto que el de facili-

tar su refutación a los exegetas. Y cuando los dominicos y Ramon Llull, ya en el siglo XIII, se empeñan y consiguen saber árabe y se enzarzan en el estudio de la *sunna* (y también del *Talmud* y los *midrasim*), sólo buscan perfeccionar su bagaje dialéctico. En consecuencia, sus predicaciones, en donde podían obligar a que se les escuchara, como ocurría en España con judíos y mudéjares, no convencieron casi a nadie.

Partían casi siempre del principio de que ellos estaban en posesión de "toda" la verdad y de que sus enemigos vivían sumidos en el engaño y eran meros títeres en manos de sus ulemas y rabinos. Las conversiones masivas de los siglos XV y XVI obedecen a razones muy distintas de las puramente dialécticas.

Si se pasa revista a los argumentos empleados para la conversión, si se analiza la especial exégesis del *Corán* hecha por los predicadores se verá que es hábil, pero desconoce y olvida que se dirige a gentes tan convencidas de su fe como lo podían estar de la cristiana los propios predicadores. Los temas tratados son siempre los mismos a lo largo de los siglos y apenas sufren más alteración e innovación formales que las que aporta la conversión al cristianismo, con el nombre de Juan Andrés, de un alfaquí de Játiva que conoce de forma vívida lo que es la fe del Islam y facilita nuevo material de base a los misioneros.

Hay que llegar al racionalismo del siglo XIX para que esta situación, fosilizada por una práctica multiseccular, se conmueva. En cuanto hay cristianos o judíos capaces de pensar que Mahoma pudo ser un hombre íntegramente sincero y fruto de su tiempo, las relaciones entre las tres religiones reveladas se conmueven hasta sus cimientos y se ponen las primeras piedras, ya no de la tolerancia, sino de la convivencia que ha venido a consagrar el Concilio Vaticano II.

No hay que olvidar a este respecto que una tradición musulmana hace decir al profeta el propio *Padre nuestro*... Hoy la vida y la obra de Mahoma la ven los occidentales bajo los siguientes aspectos:

1) Tradicional. Para los autores que pueden adscribirse a este grupo, por más que sean muchas las variantes dialécticas entre ellos, Mahoma continúa siendo el

gran impostor. Así, por ejemplo, el escritor que se esconde tras el seudónimo de Hanna Zakarias cree que Mahoma fue el hombre de paja de un rabino judío y que en el *Corán*, cuando aparece la expresión "Dí", se entiende que es este judío y no Dios quien manda hablar al profeta. En otros casos, como en el del P. Lammens, la exégesis es más cuidada y por ello mucho más incisiva y tiende a desacreditar al texto coránico, hasta el punto de que el gran orientalista húngaro I. Goldziher no dudaba en preguntarse qué quedaría de los Evangelios si Lammens aplicase a éstos el mismo método crítico que al *Corán*.

2) Lenin recogió incidentalmente las tesis de Dréws sobre el mito de Jesús. En consecuencia, determinado sector historiográfico comunista tiende a aplicar el sistema a Mahoma y, por consiguiente, a negar también la existencia histórica de éste. Un sector más moderado del marxismo reconocerá la existencia del hombre, pero negará toda intervención divina en el nacimiento del Islam e intentará justificarla como resultado de la lucha de clases en la Arabia medieval.

3) Otro grupo de biografías, más ecuaníme, ve en Mahoma un hombre genial, fruto de su época, influido por las distintas corrientes religiosas que tenían fieles en Arabia, y, sobre todo, auténticamente sincero en todas las etapas de su predicación. Determinados pasajes de la biografía, por ejemplo, el genocidio de los Banu Qurayza, que tantas veces se le ha reprochado, no deja de ser un rasgo de crueldad incomprensible para nuestra época, pero que está muy dentro de los usos y costumbres de aquella y no hay pueblo ni religión que no tenga que lamentar hechos similares.

4) Finalmente, queda el grupo de biografías escritas por los propios musulmanes. Al margen de las netamente hagiográficas, que aquí no interesan, pues siguen las líneas medievales, sin enterarse de las adquisiciones de la crítica, hay que señalar las que se presentan como "racionalistas" sin llegar a serlo, en realidad, pero que marcan un avance respecto al pasado. Tales, por ejemplo, las de Muhammad Husayn Haykal y la de Hamidullah.

J. V.

de retener lo que dice. En ocasiones el ángel se me presenta como un hombre que viene a hablarme, y recuerdo sus palabras". El acto de la revelación era sumamente penoso para Mahoma: en días de frío intenso empezaba a sudar a mares y dábale de cabezadas. Con inocencia infantil, el profeta no comía ajo, para que su olor no ofendiera al ángel. Hasta su camella favorita notaba que

a su amo iba a ocurrirle algo raro. Parece que Mahoma no hablaba nunca durante el "ataque"; acaso por experiencia sabía que, en el acto de la transmisión, corría peligro de añadir algo postizo a lo que le era estrictamente revelado. El mismo Corán alude a esto, cuando Alá advierte al profeta, diciéndole las siguientes palabras:

Sura 75: "...No muevas, Mahoma, tu

lengua para repetir, antes de que él acabe, las revelaciones que te trae el ángel Gabriel, por creer que, repitiéndolas, podrás retenerlas mejor en la memoria; el acumular el Corán en tu mente y el enseñarte sus verdaderas palabras es cosa enteramente de nuestra incumbencia, no de la tuya”.

Sura 20: “...Hemos hecho descender un Corán en lengua árabe... No te precipites a recitarlo mientras la revelación sea incompleta. Di, más bien: -Señor, aumentame el conocimiento”.

He aquí otra preocupación de Mahoma: los árabes no habían tenido un *Corán*, una revelación como los judíos y los cristianos. Es una de las razones que daba al principio

para justificar el “descendimiento” de los *suras* de La Meca; tenía que haber una escritura árabe, como la tenían otros pueblos. El valor universal de su revelación para la humanidad entera no se presentó a Mahoma hasta más tarde, en Medina.

Bastante trabajo tuvo para conseguir que en La Meca le escucharan algunos de sus conciudadanos. He aquí frases bien explícitas en los *suras* de La Meca: “Dicen de ti, Mahoma: -Éste no es más que un hombre que busca desviarnos de los dioses que nuestros padres adoraron.- Y dicen del Corán: -No es más que una mentira hecha con blasfemias...”. “Os juro por el Corán” (recordemos que es Dios quien habla) “que tú, Ma-

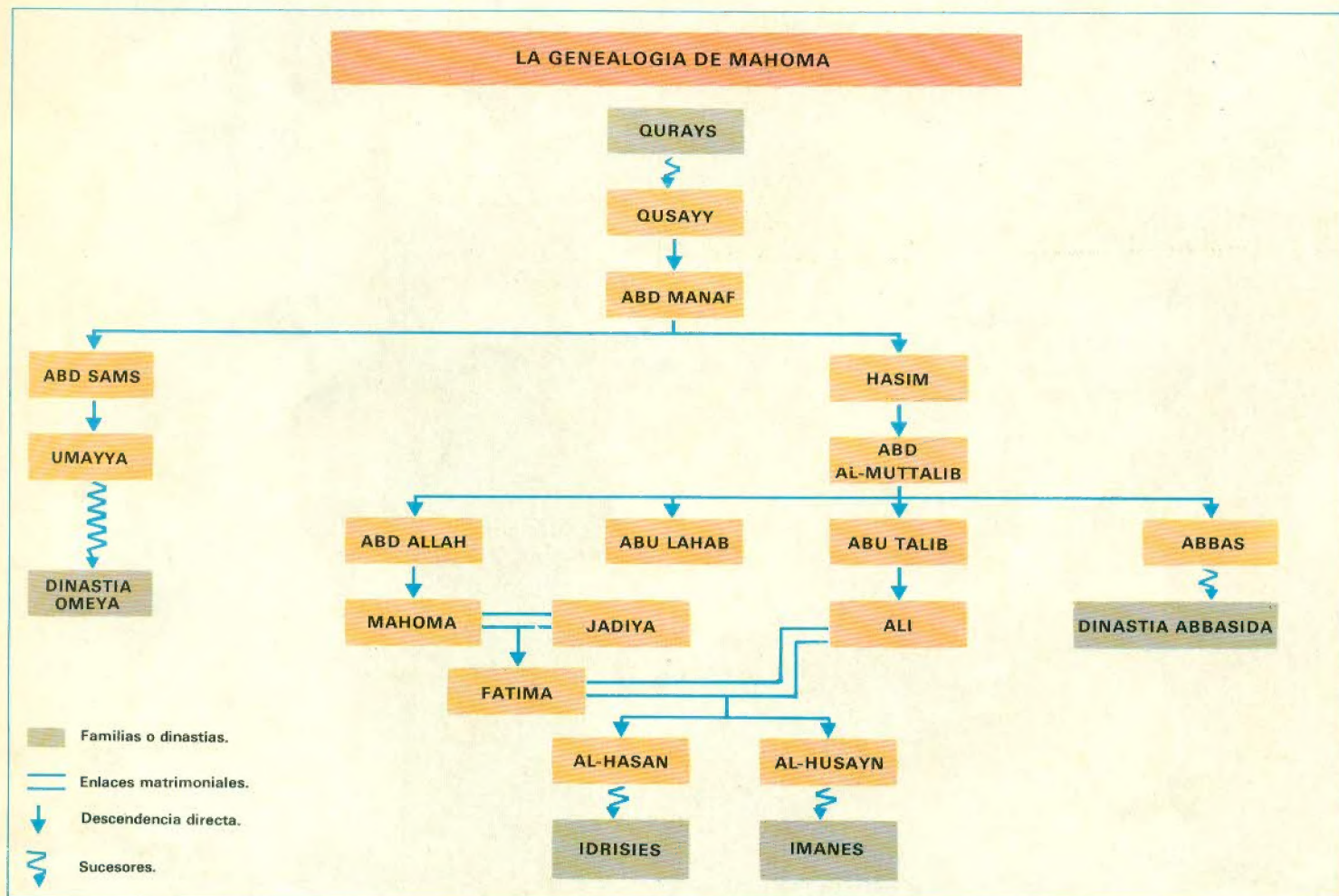
Miniatura árabe del siglo XV en que aparece Mahoma con algunos miembros de su familia: su hija Fátima, su yerno Ali y sus sobrinos (Biblioteca Nacional, París).





Miniatura del siglo XIV que representa a Mahoma en el cielo, donde en el curso de su viaje nocturno vio a los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento y a Jesús (Palacio de Topkapi, Istanbul).

homa, no eres más que uno de los mensajeros de Dios.” Este último párrafo declara que Mahoma no quería ser un endemoniado; pero tampoco pretendía ser otra cosa que “uno más” de los profetas a quienes Dios ha concedido la revelación. ¿Y quiénes son estos otros?... En un principio, Mahoma no lo precisó; después fue declarando que eran Adán, quien, según Mahoma, recibió revelaciones de Dios en diez libros; Set, que recibió cincuenta libros; Enoch, treinta; Abraham, diez; Moisés, uno (o sea la Ley del Pentateuco); David, uno, o sean los Salmos, y Jesús, otro, o sea el Evangelio. Todos éstos, con el último, o sea el *Corán*, suman ciento cuatro libros que Dios “hizo descender de los cielos”. Pero todos están irremediabilmente perdidos, excepto los cuatro últimos: la Ley, los Salmos, el Evangelio y el *Corán*. Aún hay



más, según Mahoma: ciertas partes de tres de las últimas escrituras están corrompidas; judíos y cristianos han desfigurado los textos, de otro modo no se explicarían sus desavenencias con las instrucciones del Corán.

Dios es único y, según el Corán, compasivo y bondadoso. Para Mahoma es absurdo suponer que Dios pueda tener hijo o hija de ninguna clase. Hay una alusión a Jesucristo en el grito: "No hay más Dios que Alá". Dios está rodeado de ángeles que hablan y raciocinan. Según Mahoma, hay cuatro arcángeles: Gabriel, que revela la verdad; Miguel, que es el patrón de los judíos; Israfil, que

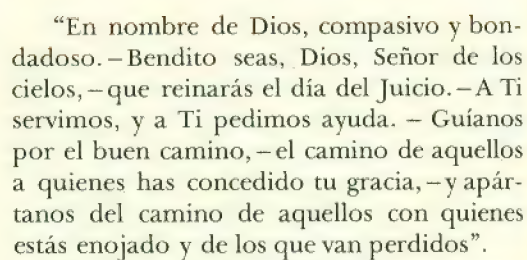
hará sonar la trompeta el día del Juicio, e Israíl, que aparece cuando se acerca la muerte. Cada persona tiene dos ángeles para su guarda, uno que apunta las buenas acciones y otro las malas. Este último se halla siempre al lado izquierdo; por esto aconseja Mahoma que, al escupir, se haga siempre de aquel lado, para no ensuciar al ángel bueno, que está en el lado derecho.

Al principio del Corán hay una oración que habla muy alto en favor de Mahoma. Es la famosa *Fatiha*, que deben repetir los mahometanos por lo menos cinco veces al día y es como sigue:



Miniatura persa que representa a un grupo de nobles de Medina rindiendo visita a Mahoma para rogarle que fuera a establecerse en su ciudad, donde ya había algunos convertidos al espíritu del profeta (Biblioteca Nacional, París).

The image captures the interior of the Süleymaniye Mosque, showcasing its architectural grandeur. The space is characterized by its high, vaulted ceiling and walls adorned with intricate geometric and floral tilework. A large, arched window in the background allows natural light to filter into the space, complemented by a warm, glowing light source in the foreground. In the center of the room, a glass display case sits on a dark wooden stand, housing a white, curved object that appears to be a historical artifact or relic. The floor is made of polished stone, reflecting the ambient light. The overall atmosphere is one of historical significance and architectural beauty.



96

La ciudad de Medina representada en un manuscrito árabe (Biblioteca del Monasterio de Montserrat, Barcelona). El año 622, Mahoma se vio obligado a trasladarse a Medina porque sus ideas religiosas le habían creado demasiados enemigos en La Meca. Este año es el primero de la era musulmana: la hégira.

místico Algazel, será de quinientas para cada musulmán, y lo más curioso es que, según el Corán, estas huríes serán estimadas por las propias esposas... No habrá celos ni querellas domésticas para los de la mano derecha.

En cuanto a los de la mano izquierda (esto es, los no creyentes o condenados), irán a un infierno, según dice el Corán, "terrible de mirar". Entre hálitos corrompidos y aguas putrefactas, beberán pus y líquidos hirvientes; quemados por el fuego, su piel volverá a crecer en seguida para poder sufrir indefinidamente el terrible tormento de las llamas.

La manera de obtener la salvación, esto es, de ir al cielo después de la muerte, es, según Mahoma, en primer término, la fe: creer en Dios, en sus ángeles, en los profetas, en el Corán y en el Juicio final. Después de la fe, Mahoma prescribe las obras de caridad; la protección al huérfano y a la viuda, las limosnas a los pobres y el diezmo o contribución para el Islam. No hay en la religión is-



La habitación del profeta Mahoma en Medina, conservada en la sala de las reliquias de Topkapi. La autenticidad de estas reliquias, como de otras muchas de tipo religioso, se pone en duda a la vista de la inadecuación entre el arte y la época a que debió corresponder.



lámica nada parecido a la Redención por el sacrificio sangriento de una víctima divina. Mahoma insistió en que ésta es una de las partes que los cristianos cambiaron de la Escritura. Todavía los musulmanes creen que Jesús fue librado de la cruz antes de morir; que volverá a la tierra para reinar cuarenta y cinco años, se casará, tendrá hijos y será sepultado en el espacio que está reservado para él entre las tumbas de Omar y de Fátima. Estos primeros puntos de la predicación de Mahoma, que continúan siendo capitales en el Islam, no alarmaron grandemente a los ciudadanos de La Meca. Con su

vida respetable, de familia pobre, pero aristocrática, Mahoma bien podía desahogarse en violentas interjecciones, predicando el Juicio final y la devoción a Alá. ¿No era Alá uno de sus dioses? ¿No era el Juicio final, al fin y al cabo, un cataclismo por entonces sólo en la mente de Mahoma?

En La Meca había, desde tiempo inmemorial, un edificio sencillísimo, construido con piedras escuadradas, con una sola puerta y una sola cámara, y sin ventanas. Este edificio, llamado *la Kaaba*, estaba en medio de un espacio libre, donde acampaban los peregrinos. Apoyados en las paredes algu-

nos, otros plantados como menhires, había alrededor de la Kaaba hasta 360 ídolos de las diferentes tribus que venían a practicar sus devociones. Aunque Alá era considerado como el mayor de estos dioses, ya mucho antes de que Mahoma le ennobleciera con su concepto de Dios creador, los que allí acudían en peregrinación repartían los sacrificios, una parte para Alá y el resto para los ídolos favoritos. Durante cierto tiempo, Mahoma no se impacientó mucho con la superstición de los 360 dioses menores del santuario de La Meca. Vivía tan absorbido por sus revelaciones que, cuando iba a la explanada donde se erguía la Kaaba, parecía más un visionario que un predicador. Una leyenda de esta época cuenta que, hacia 605, una tromba de agua produjo un torrente que derribó aquel edificio. Pasado el temporal, los burgueses de La Meca empezaron

la restauración del santuario, pero llegaron a un punto en que no podían proseguir aquel trabajo sin pelearse. En el ángulo oriental de la Kaaba hubo siempre un aerolito que los devotos besaban con especial veneración: era la famosa "piedra negra" que adoran todavía hoy los peregrinos. Al procederse a las obras de restauración, las cuatro familias más antiguas de La Meca se disputaron el honor de reponer en su lugar aquel fetiche, pero decidieron aceptar el juicio del primero que entrase en aquel recinto. Diose, empero, el caso de que el primero que acertó a entrar fue Mahoma. Su resolución fue tender su manto en el suelo y allí depositar la piedra negra, que no mide más de un palmo, y después, levantando el manto por sus cuatro puntas un individuo de cada una de las cuatro tribus, poner otra vez en su lugar la piedra negra. Esta leyenda revela que, por aquel

LAS FUENTES DEL "CORAN"

En el momento de la revelación del *Corán*, Arabia se encontraba influida culturalmente por diversas corrientes ideológicas, que afloran más o menos a lo largo de aquel libro. El fondo pagano estaba entroncado con las antiquísimas creencias de babilonios y egipcios y hoy en día perdura en el *Corán* en los ritos de la peregrinación: carreras, circunvalación de la Kaaba, de piedras votivas que se explican como una lapidación de Satanás, creencia en los genios, práctica de la circuncisión y algunos de los nombres (sinónimos) de Dios. Tales, por ejemplo, el Clemente, el Misericordioso, etc.

El nombre de Dios, común a todo el primitivo panteón semítico, *il*, se especializó con el tiempo, en árabe, para designar a uno de los tantos dioses de la época pagana, Alá. Pero como Alá (Allah) significa dios por antonomasia, el empleo de este vocablo en el *Corán* alude única y exclusivamente a Dios, al mismo Dios Padre de judíos y cristianos (de aquí la tradición que pone en boca de Mahoma el *Padre nuestro*), que nada tiene que ver con el dios pagano Allah.

Pero Mahoma al iniciar su misión, y a todo lo largo de ella, manifestó que sólo intentaba restaurar la primitiva religión monoteísta de Abraham e Ismael; de aquí que cuando cita reiteradamente al grupo de los hanifes, fundado por el primero (*Corán*, 6, 79), como auténticos representantes de la piedad y de la fe, haya que pensar en que éstos están conectados, de un modo u otro, con el judaísmo.

La etimología de esta palabra conduce al arameo *hunapa* (hereje, no conformista) y se dio originariamente a todos aquellos que abandonaban la religión de sus antepasados, sin por ello incorporarse a las

otras religiones en boga en el Próximo Oriente. Es más, visto el elogio que el *Corán* hace de ellos se llegó a pensar que éste era un simple comentario a los libros utilizados por los hanifes, a los que poco a poco habría ido desplazando.

Sin embargo, parece más lógico pensar que los judíos que vivían en la Arabia del siglo VII y a la cual habían llegado en número crecido, como consecuencia de la destrucción de su nación por los romanos, se encontraban divididos dogmáticamente y que perduraban en su seno las querellas teológico-religiosas que tan difícil habían hecho su convivencia en los primeros siglos de la era cristiana.

Así, un grupo, el que aún hoy consideramos como el ortodoxo, se había instalado en ciudades y oasis de vida relativamente muelle. Otro, el descendiente de los esenios y a la postre el núcleo originario del cristianismo, debió encontrar refugio en lugares de apariencia geográfica similar a aquellos en que se había forjado su ideología. Estos esenios, los hanifes, se habrían instalado en grutas (la existencia de un judaísmo críptico en esa época aparece documentada incidentalmente); no debieron exhibirse públicamente y habrían sido los principales informadores de Mahoma. Y no en vano nos dice la tradición que el profeta se retiraba al monte Hira y que vivía en una caverna.

Por consiguiente, las influencias del judaísmo en el *Corán* no son, ni mucho menos, monocolors y ortodoxas, sino que proceden de las distintas sectas que vivían en aquel entonces en Arabia. Ocurre lo mismo que con las influencias cristianas que conoció a través de nestorianos y monofisitas, constándonos, o al menos así lo cree Tor Andrae, que los

primeros le eran más simpáticos que los segundos.

Esta convivencia de fieles de distintas religiones y, dentro de éstas, de varias sectas se explica por las características geográficas de Arabia, cuya pobreza y cuyos desiertos impedían la existencia de un poder constituido que impusiera "su" dogma a punta de espada. Y de rechazo, aclara algunas de las peculiaridades del texto coránico. Así, por ejemplo, cuando los cristianos acusan a Mahoma de haber prometido a sus fieles un paraíso material, olvidan que ese mismo paraíso con sus huríes se encuentra descrito en las páginas de San Efrén; cuando niega la muerte real de Jesús, no hace más que seguir las doctrinas docetistas; cuando predica la virginidad de María, no hace más que ceñirse a la ortodoxia actual.

Evidentemente, Mahoma, hombre de su tiempo, analfabeto como quiere la tradición, no podía discernir entre los *filioque* de las distintas herejías y no le cabía más remedio que explicar sus discrepancias —todos pretendían ser judíos o cristianos— por la corrupción intencionada y querida de la Biblia y del Evangelio. Y cuando los orientalistas acusan a Mahoma de no haber elaborado sus doctrinas directamente sobre los textos sagrados de quienes le precedieron, olvidan que si éstos tenían "la letra" invariable, esa "letra" única era interpretada de manera discrepante e incluso contradictoria por los distintos teólogos. Mahoma hizo bastante dando a sus contemporáneos un cuerpo de doctrina que puede considerarse como una herejía del cristianismo, que niega los dogmas de la divinidad de Jesús y de la Trinidad.

J. V.



La ciudad de La Meca representada en un plafón de cerámica del siglo XVI.

tiempo, Mahoma aún era considerado digno de decidir en materias relacionadas con los cultos ancestrales.

Pero pronto Mahoma empezó a alarmar a sus conciudadanos al hacer prosélitos. El primero fue su esposa Jadicha; el segundo su esclavo Zeid, de origen sirio, hijo de cristianos, a quien adoptó por hijo. Es posible que en ambos casos (tanto en Jadicha como en Zeid) el afecto que tanto la esposa como el esclavo sentían hacia el profeta fuese mayor que su convicción.

El tercer converso fue Alí, un hijo de Abu Talib, que también Mahoma había adoptado. El cuarto fue Abu Bakr; mercader como Mahoma, había viajado y deploraba como él la ignorancia y superstición de las gentes de La Meca. Tenía dos años menos

que el profeta, era pequeño, delgado, con los ojos hundidos en las órbitas, y de tez blanca, en la que se dibujaban las líneas de las venas. Al convertirse, Abu Bakr tenía cuarenta mil monedas de plata; sin embargo, este dinero apenas fue suficiente para redimir al gran número de esclavos creyentes que eran maltratados por sus amos.

La conversión de Abu Bakr estimuló la de otros cinco. Dos de ellos eran jóvenes, sin gran representación todavía; pero los otros tres, Talha, Abderramán y Otmán, eran ricos mercaderes. Este último, Otmán, fue califa, como Abu Bakr. Abderramán arrastró a otros cuatro. Uno de los esclavos redimidos por Abu Bakr fue el negro Bilal, que tenía una voz estentórea, y Mahoma empleó después, en Medina, como *muecín* para llamar a oración.

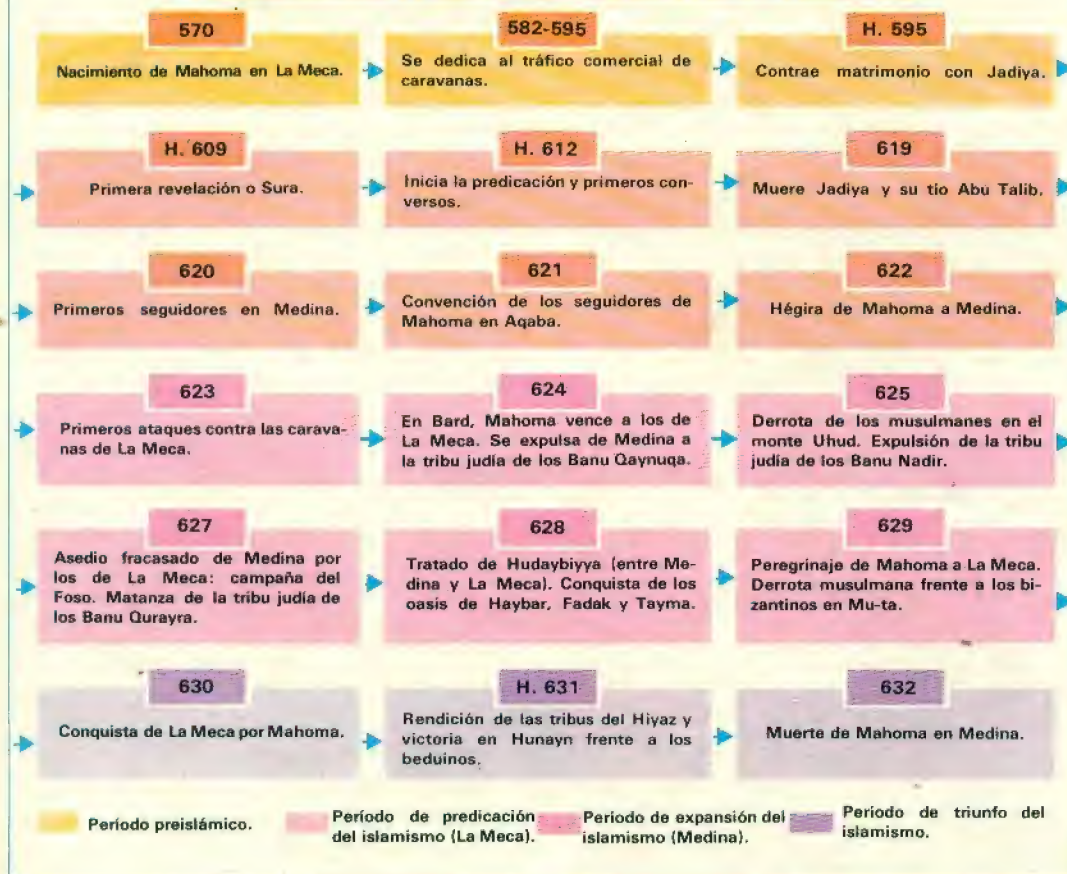
Aunque, como hemos dicho al principio, los ciudadanos de La Meca no se alarmaron por la predicación de Mahoma, empezaron a preocuparse al ver que los prosélitos se reunían, no en lugar apartado, como era la casa de Jadicha, sino en la de un converso llamado Al- Arkam. Esta casa tenía su puerta delante mismo del ángulo oriental de la Kaaba, donde estaba la piedra negra, y desde allí podían ver a los peregrinos haciendo sus devociones, y hasta es probable que Mahoma les interpelara o por lo menos les distrajera con las salmodias del Corán.

Además, Mahoma empezó a precisar sus opiniones respecto a los cultos que se habían reunido en aquella explanada. Por lo pronto, Alá era el Creador y el Juez; la Kaaba era también un santo templo, ocupaba el mismo lugar adonde llegaron, muriéndose de sed, Agar e Ismael, en su marcha errante por el desierto. Alá, compadecido, les hizo descubrir el pozo Zemzem, cuya agua santa beben todavía los peregrinos. Más tarde, Abraham e Ismael construyeron la Kaaba, siguiendo instrucciones recibidas del propio Alá. La piedra negra había caído del cielo; era, pues, también santa. ¿Pero qué podía decirse de los otros trescientos sesenta ídolos, uno para cada día del año? Éstos eran ciertamente fetiches y su culto una abominable superstición.

Es de creer que se hubiera podido llegar a un acuerdo con los burgueses de La Meca si Mahoma hubiese querido hacer una excepción para dos o tres de los fetiches. Parece que Mahoma tuvo un momento de vacilación. Viendo que arreciaban las persecuciones, y que algunos de sus prosélitos habían tenido ya que emigrar a Abisinia, un día se sintió inspirado y declamó el siguiente pasaje (sura 53):

“Veo otra vez al ángel Gabriel —cerca del árbol que está en el límite del Paraíso...— ¿Qué piensas de Al- Lat y de Al- Ozza —y

ACONTECIMIENTOS PRINCIPALES DE LA VIDA DE MAHOMA



también de Manat? – Ellas son altas hembras – a las que podéis pedir intercesión”.

Para entender bien el efecto que podían producir estos versos, hay que saber que Al-Lat, Al- Ozza y Manat eran ángeles femeninos, cuyas groseras estatuas no sólo se veneraban junto a la Kaaba, sino también en otros santuarios de las tribus vecinas. Si Mahoma hubiese transigido con estos tres ídolos, es fácil que sus conciudadanos hubieran destruido los demás. Pero Mahoma aquella misma noche tuvo otra revelación del ángel y cambió los versos del sura 53 en la forma en que están hoy:

“¿Qué piensas de Al- Lat y de Al- Ozza – y también de Manat? – ¿Cómo? ¿Vosotros tendríais hijos y Dios tendría hijas? – Esto sería injusto. – No son más que nombres inventados por vuestros padres...”.

La suerte estaba echada. El profeta y sus conciudadanos comprendieron que nunca llegarían a un acuerdo. Los de La Meca juraron no contraer matrimonio con los que seguían a Mahoma ni venderles nada; lo cual, para las mentes primitivas, quería decir que los consideraban enemigos de su raza. Por su parte, Mahoma y los suyos abandonaron sus casas y fueron a refugiarse en la casona del

tío de Mahoma, Abu Talib, que vivía en los suburbios. Allí pasaron tres años, desterrados en su propia ciudad, sin atreverse a salir y a menudo careciendo de lo necesario. En esta época terrible murieron Jadicha y Abu Talib. Tanto antagonismo debía traer, como consecuencia, forzosamente dos cosas: la primera, un recrudecimiento de simpatía por parte de los que no eran partidarios de Mahoma, aunque tampoco aprobaban las persecuciones. Los conversos de esta época son no sólo fanáticos y valientes, como los que primero se convirtieron, sino también almas generosas a las que ofendía tanto la injusticia como la persecución.

El segundo efecto que, con el tiempo, produjo el ostracismo de Mahoma y sus secuaces fue su emigración a Medina. ¿Para qué permanecer en La Meca, donde ni aun les estaba permitido ocupar sus propias casas?

En cambio, Mahoma tenía parientes en Medina; hasta algunas gentes de Medina habían demostrado cierto interés por sus predicaciones. Mahoma no había enviado misioneros ni pensó en organizar la difusión de su doctrina. Pero los árabes, desde tiempo inmemorial, tenían períodos de tregua cada



Una página de la cronología turca "Zubdat al-Tawarikh", en donde se representa el árbol genealógico del profeta (Biblioteca Chester Beatty, Dublín). De Adán (semicírculo escrito superior) procede el abuelo de Mahoma, y de éste, el profeta, que aparece con el rostro cubierto.

año, en los que hubiera sido sacrilegio atacar a sus contrarios. En estos meses de tregua santa, Mahoma salía de su refugio y marchaba a predicar en las ferias de los alrededores. Conversos de Medina vinieron a visitarle y con ellos Mahoma organizó la hégira, o huida de La Meca, el 20 de junio

de 622 de nuestra era, que es el primero para los mahometanos.

Al-Medina quiere decir "la ciudad", y se le dio este nombre porque es la ciudad por excelencia para los mahometanos, pero antes de la hégira se llamaba Yatrib. Medina está al norte de La Meca y a una distancia en que generalmente se emplean once días de marcha. Mahoma y su compañero Abu Bakr, en su huida, salvaron esta distancia de La Meca a Medina en ocho días. Era lunes cuando llegaron a un suburbio llamado *Koba* y allí descansaron para esperar el curso de los acontecimientos. Por fin, el viernes, creyendo asegurada una buena acogida, entraron en Medina. Mahoma iba montado en su camella favorita, con Abu Bakr en la grupa; detrás seguían sus prosélitos, huidos de La Meca también y que sumaban un centenar. Antes de entrar en el caserío, Mahoma practicó sus devociones en un lugar donde hoy está la mezquita llamada *del Viernes*. Y del hecho que se hiciese la primera oración en Medina un viernes, se sigue la costumbre de los mahometanos de santificar aquel día, como los judíos celebran el sábado y los cristianos el domingo.

Las gentes de Medina recibieron a Mahoma con palmas y gritos de júbilo: "Apéate, profeta, quédate con nosotros; tenemos lugar para ti y armas para defenderte". Mahoma contestó que dejaba a la decisión de su camella el lugar en que él se detendría. La camella se detuvo delante del patio de una casa donde había tres o cuatro palmeras. Mahoma más tarde mandó edificar allí la primera mezquita del Islam.

Medina no era una ciudad de población homogénea, estrictamente árabe, como La Meca. Varias tribus de judíos se habían establecido allí de antiguo, pero haciendo vida aparte. La llegada de los fugitivos de La Meca contribuyó a dividir más la población. Pronto hubo tres grupos: los llamados *defensores*, los *refugiados* o *emigrados* y los *judíos*. Esta división favoreció a los mahometanos o refugiados; con la fuerza que les daban la personalidad de Mahoma y las nuevas conversiones, que siempre se producen tras la aparición de un profeta, pronto fueron el elemento predominante.

Y ahora entramos en otra etapa de la carrera de Mahoma. Hasta los cuarenta años fue mercader, más o menos espiritualizado; de los cuarenta a los cincuenta y tres fue profeta perseguido y predicador maltratado en su patria. Y ahora, desde los cincuenta y tres hasta los sesenta y tres, en que muere en Medina, Mahoma es principalmente político, organizador religioso y guerrero. Durante los dos primeros años de su estancia en Medina, Mahoma consolidó el Islam como

un gobierno teocrático. Atacó sin piedad a sus antiguos enemigos de La Meca, les cerró el paso de las caravanas, los acechó en emboscadas y hasta peleó personalmente; él, Mahoma, el visionario, empuñó las armas, cayó herido, fue vencido, triunfó luego, mostró crueldad excesiva para aniquilar a los que le resistían; vio correr la sangre de centenares de prisioneros decapitados, vio morir a sus enemigos en combate singular y ordenó campañas de exterminio contra gentes que no le habían hecho ningún daño.

Hasta parece haberle entrado un furor erótico, que, tras los años de matrimonio con Jadicha, estalla violento en su senectud. En sus últimos trece años contrae nupcias doce veces, y algunas con la agravante de ser la desposada una tierna criatura, o una judía, o su propia nuera la mujer de Zeid, quien se divorcia al saber que Mahoma la codiciaba. Incluso hácese autorizar por revelaciones su gran sensualidad, que no se detu-



Un relicario dorado que conserva un supuesto diente de Mahoma (Palacio de Topkapı, Istanbul).

LA RELIGION ISLAMICA

IMAN (CREENCIA RELIGIOSA)

Alá, único y verdadero Dios.

Mahoma, enviado de Alá.

Ángeles (Gabriel).

Libros divinos: Corán, el último y verdadero.

Resurrección (alqiyamah).

Fundamentos de la fe.

Corán: Palabra de Alá, 114 suras.

Sunna (tradiciones).

Idjma (unanimidad de los creyentes).

IBADAT (DEBERES RELIGIOSOS) (ARKAN)

Profesión de fe (shahada): "No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta".

Oración (salah): cinco veces al día.

Limosna (zakah): limosna voluntaria (sadaqah).

Ayuno: mes del Ramadán.

La peregrinación a La Meca.

[La Guerra Santa o Jihad]

ISHAN (BUENA CONDUCTA)

Lo recto: "halal", o lo prohibido: "haram".

Moral personal de tipo religioso.



Un Corán del siglo XVI (Archivo de la Academia Yugoslava, Zagreb). La continua actividad de los sucesores de Mahoma por extender el Islam a todo el mundo mediante la conquista estaba inspirada en las numerosas exhortaciones que hace el Corán a la guerra santa.

yo ni ante las costumbres árabes ni ante la misma ley coránica.

Los *suras* o revelaciones de esta época de Medina revisten otro carácter que los *suras* de La Meca. Hoy ambos grupos se incluyen, con el mayor desorden, en el Corán. Pero aunque los compiladores de este texto, después de la muerte de Mahoma, no hubiesen cuidado de poner, al lado de cada *sura*, el lugar (Medina o La Meca) donde fueron revelados, podríamos distinguirlos por su estilo. Los *suras* de Medina están llenos de recomendaciones técnicas para fijar un ritual; además forman un código de ley civil que es inapelable para los mahometanos. Algunas disposiciones para la vida práctica y algunos de los castigos para las infracciones se contradicen en diferentes *suras*, pero los doctores del Islam lo explican diciendo que una revelación posterior aclara o corrige otra primera.

Pero el hecho es que, con la fe de Mahoma, sus secuaces combatieron a los otros árabes y hacia el final de la vida del profeta casi toda la Arabia había aceptado el Corán.

La más sensacional de sus victorias fue la conquista de La Meca el año octavo de la hégira, el 630 de la era cristiana. Los burgueses de La Meca no opusieron resistencia: Mahoma se presentaba seguido de un ejército de diez mil creyentes y aliados. Sin ir a visitar las tumbas de Jadicha y Abu Talib, ni tan sólo entrar en su casa, Mahoma marchó directamente a la explanada de la Kaaba para destruir los 360 ídolos abominables erigidos a su alrededor. Montaba la misma camella con la que había huido de la ciudad ocho años antes y, sin apearse, fue señalando con su bastón uno por uno los fetiches. Los mahometanos aseguran que, a esta señal, cayeron derribados como por milagro...

Después Mahoma efectuó la famosa peregrinación o visita de los lugares santos de los alrededores de La Meca, visita que desde entonces tienen que practicar todos los creyentes. El año 12 emprendió Abu Bakr su peregrinación, acaso para ver personalmente, ya en calidad del más allegado al profeta, cómo seguían las cosas en La Meca. El año 13 Mahoma efectuó una última visita a la Kaaba

y los lugares santos: es la que se llama "peregrinación de despedida". Pocos meses después murió, en una de las casas de adobes y techos de hojas de palma que había mandado construir para sus esposas, a uno de los lados de la mezquita de Medina. Antes de morir, Alá le envió un ángel para que le preguntara si quería seguir viviendo. Mahoma respondió que prefería lo que Dios quisiera. Murió tendido en el suelo desnudo de aquella choza, con la pobreza en que había vivido siempre.

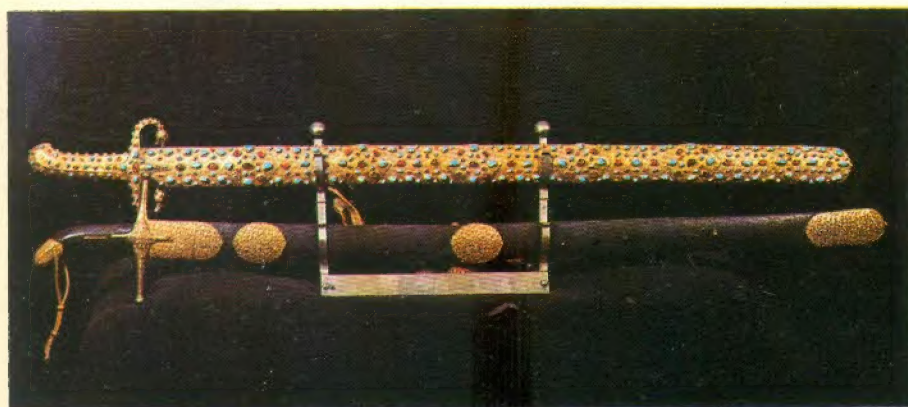
Mahoma pudo perder, con el tiempo, algo del fuego de la fe de los primeros años de su revelación, pero nunca sintió ambiciones mezquinas ni deseo de riquezas. Apenas tenía servidumbre; en el apogeo de su poder, él mismo se sacudía los parásitos de su manto, él mismo aparejaba su camella, y comía, como un pobre árabe, dátiles y leche cuajada. Sus últimas palabras fueron: "¡Señor, perdóname y reúneme contigo en el cielo!... ¡La eternidad en el Paraíso!... ¡Perdón! ¡Tu compañía bendita allá en lo alto!...".

El profeta en el paraíso con la cara velada "para no ver el rostro de Dios", según miniatura de un libro de acontecimientos de la vida de Mahoma.



BIBLIOGRAFIA

Andrae, T.	<i>Mahoma: su vida y su religión</i> , Madrid, 1933.
Asín Palacios, M.	<i>La escatología musulmana en la Divina Comedia</i> , Madrid, 1943.
Blachère, R.	<i>Le Coran. Traduction nouvelle</i> , París, 1949-1951. <i>Le problème de Mahomet</i> , París, 1952.
Cabanelas, D.	<i>Juan de Segovia y el problema islámico</i> , Madrid, 1952.
Dermenghem, E.	<i>Vida de Mahoma</i> , Barcelona, 1942.
Gaudefroy Demonbynes, M.	<i>Mahomet</i> , París, 1957.
Guillaume, A.	<i>The life of Muhammad. A translation of Ishāq's sirat Rasul Allah</i> , Londres, 1955.
Lammens, H.	<i>Mahomet, fut-il sincère?</i> , París, 1910.
Monneret de Villard, U.	<i>Lo studio dell'Islam in Europa nel XII e XIII secolo</i> , Ciudad del Vaticano, 1944.
Nöldeke, T.; Schwally, F.; Bergsträsser, G., y Pretzl, O.	<i>Geschichte des Qorans</i> , Hildesheim, 1961.
Vernet, J.	<i>El Corán</i> , Barcelona, 1963.
Watt, M.	<i>Mahoma, profeta y hombre de estado</i> , Barcelona, 1967.
Zakarias, H.	<i>L'Islam, entreprise juive. De Moïse à Mohammed</i> , París, 1955.



Estas dos fundas de espada, adornadas con oro y piedras preciosas, son dos relicarios que contienen sendas espadas que pertenecieron a Mahoma.